

de Donatello, amigo suyo, fué admitido, mas como estímulo que á título de séria oposicion. No importa, habia sido recibido y esto era cuanto necesitaba: recibió su suma, y se puso á trabajar.

Pasóse el año trabajando todos á cual mas: despues, en el dia señalado, cada uno presentó su boceto. Habia treinta y cuatro jueces, todos pintores, escultores ó plateros de primer órden.

Desde luego se dividió el parecer entre tres de los coopositores; estos tres eran Brunelleschi, Lorenzo de Bartolucio y Donatello. Habian encontrado muy hermoso el boceto de Ghiberti: pero tan jóven, ó fuese temor de herir á los maestros que habian concurrido á la oposicion con él, ó por cualquiera otra razon, no se habian atrevido á adjudicarle el premio. Pero entonces sucedió una cosa maravillosa; y es que Brunelleschi, Bartolucio y Donatello, retirándose á un rincón para deliberar, volvieron despues de un instante de conversacion, y dijeron á los cónsules que les parecia que se habia hecho una injusticia dándoles el premio, que creian en su alma y conciencia que lo habia ganado verdaderamente Lorenzo Ghiberti.

Concibese que semejante paso puso muy fácilmente de acuerdo á los jueces; y una vez por casualidad se concedió el premio al que lo habia merecido; verdad es que la oposicion, fiel á la mision original de toda oposicion, habia dado en un principio el premio al que no lo merecia.

Cuarenta años duró la obra, dice Vasari, es decir, un año menos que lo que habia vivido Masaccio, un año mas que lo que debia vivir Rafael. Lorenzo, que la habia comenzado lleno de salud y de vida, la acabó viejo y encorbado. Su retrato es el de ese anciano calvo que cuando está cerrada la puerta se halla en el adorno del medio: ¡toda una vida de artista se ha fundido alli con el sudor que ha caido gota á gota sobre aquel bronce!....

En cuanto á la otra puerta que fué dada á Ghiberti en recompensa de la primera, no fué para él mas que un juego, porque no tuvo mas que imitar á Andrés de Pisa, que hasta entonces habia sido mirado como inimitable.

Al salir del bautisterio por aquella puerta de en medio en donde están colgadas las cadenas del puerto de Pisa.—desgraciadas cadenas que se han dividido alternativamente los genoveses y los florentinos,—se descubre en todo su magestuoso atrevimiento el campanillo de Giotto. Aquel maravilloso monumento, sólido como una torre, esbelto como un encaje, era tan ligero, tan hermoso, tan brillante, que Policiano lo ha cantado en versos latinos, y Carlos V decia que debian colocarlo debajo de un fanal para no enseñarlo sino los dias de gran fiesta, y de que todavia se dice hoy en Florencia: «hermoso como el campanillo,»

para alabar cualquier cosa tan espléndida que no tiene término de comparacion.

Giotto habia abierto nichos que fueron llenados por Donatello. Seis estatuas son de este maestro: una de ellas representa el hermano Parduccio Charichini, mas conocido bajo el nombre dello Zuccone, á causa de su calva; obra maestra de natural y de modelo. Esta obra es la perfeccion griega reunida al sentimiento cristiano: asi cuentan que cuando Donatello acompañó su querida estatua desde su taller al campanillo, confiando en su genio y creyendo que el Dios de los cristianos le daría el mismo milagro que Júpiter habia hecho con Pigmalion, no cesó por todo el camino de repetir á media voz:

—¡Favella! ¡favella! Habla, habla, pues.

La estatua permaneció muda, pero la admiracion de los siglos y la voz de la posteridad han hablado por ella.

EL PALACIO RICCARDI.

Ibamos á dejar aquel magnífico palacio del Domo para hacernos llevar al del gran duque, cuando echando una mirada á la via Martelli, divisamos al estremo de aquella calle el ángulo de un palacio tan hermoso, que nos separamos un momento de nuestro plan cronológico para acercarnos mas á aquel edificio. A medida que adelantábamos le veiamos desarrollarse á la vista en toda su elegancia y en toda su magestad. Era el magnífico palacio Riccardi, que hace esquina con la via Larga y con la via dei Calderei.

El palacio Riccardi fué edificado por Cosme el Antiguo, aquel á quien la patria comenzó por arrojarle de sí dos veces, y concluyó al fin por llamarle su padre.

Cosme vino en una de esas felices épocas en que todo en una nacion tiende á desarrollarse, y en las que el hombre de genio encuentra toda la facilidad para ser grande. En efecto, la era brillante de la república vino con él. Las artes florecian por todas partes. Brunelleschi edificaba sus iglesias, Donatello cincelaba sus estatuas, Orcagna cortaba sus pórticos, Masaccio cubria las paredes de sus frescos. En fin, la prosperidad pública caminaba con paso igual con el progreso de las artes, que venian y hacian de la Toscana, colocada entre la Lombardía, los Estados de la Iglesia y la república veneciana, el pais, no sólo el mas poderoso, sino tambien el mas feliz de la Italia.

Habia nacido Cosme con riquezas inmen-

sas que había casi duplicado, y sin ser mas que un ciudadano, había adquirido una estraña influencia. Colocado fuera del gobierno, no lo atacaba, pero tampoco lo adulaba. El gobierno seguía por buen camino; estaba seguro de su alabanza: se separaba del camino recto; no evitaba su censura. Y la alabanza ó la censura de Cosme el Antiguo era de una suprema importancia, porque su gravedad, sus riquezas y su talento daban á Cosme la gerarquía de un hombre público. No era todavía el jefe del gobierno, pero era ya mas que esto; tal vez era su censor.

Compréndese así la tormenta que secretamente debía prepararse contra semejante hombre. Veíala Cosme apuntar y la oía rugir, pero consagrado enteramente á los grandes trabajos que ocultaban sus grandes proyectos, ni aun volvió la cabeza hácia el lado de aquella, y hacia concluir la capilla de San Lorenzo, edificar la iglesia del convento de Dominicos de San Marcos, establecer el monasterio de San Frediano, y echar los cimientos de aquel hermoso palacio de la Via Larga, llamado hoy de Riccardi. Unicamente cuando sus enemigos le amenazaban demasiado abiertamente, como el tiempo de la lucha no había aun llegado para él, dejaba á Florencia para irse á Bugello, cuna de su raza, á edificar los conventos del Bosco y de San Francisco, y volvía bajo el pretexto de dar una ojeada á su capilla de los Padres de Santa Cruz, y del convento de los Angeles de los Camaldulenses. Despues volvía á irse de nuevo para ir á adelantar los trabajos de su casa de campo de Carreggi, de Cafaggio, de Fiesoli y de Tribbio, ó fundaba en Jerusalem un hospital para los pobres peregrinos. Hecho esto volvía á ver cómo iban los negocios de la república, y su palacio de la Via Larga.

Y todas estas inmensas construcciones salían á la vez de la tierra, ocupando un mundo de obreros, de artistas y de arquitectos; y quinientos mil escudos pasaban allí, es decir, siete ú ocho millones de nuestra actual moneda, sin que este fastuoso ciudadano pareciese empobrecido lo menos del mundo, por este eterno y régio gasto.

Es que en efecto, Cosme era mucho mas rico que muchos de los reyes de la época. Su padre Giovanni le había dejado casi cuatro millones de plata y ocho ó diez en papel, que él por el cambio había quintuplicado. Tenía este príncipe en las diferentes plazas de Europa á su propio nombre ó á nombre de su hijo diez casas de comercio. En Florencia todo el mundo le debía, porque su bolsa se hallaba abierta á todo el mundo, y esta generosidad era también á los ojos de algunos el efecto de un cálculo, y se aseguraba que tenía interés en prolongar la guerra para obligar á sus conciudadanos arruinados á recurrir á él. Así había hecho por ocasionar la guerra de Luca tal esfuerzo, que Varchi dice de él,

que con sus virtudes públicas y sus vicios secretos, llegó á hacerse gefe y casi príncipe de una república ya mas esclava que libre.

Empero la lucha fué larga: arrojado Cosme de Florencia, salió como proscrito y volvió triunfador. Cosme adoptó con tenacidad aquella política que hemos visto seguir mas tarde á Lorenzo, su nieto: volvió á su comercio, á sus ágios y á sus monumentos, dejando á sus partidarios el cuidado de su venganza. Fueron tan graves las proscriciones y tan numerosos los suplicios, que uno de sus mas antiguos y fieles amigos creyó deber ir á decirle que despoblaba la ciudad. Cosme alzó los ojos de un cálculo de cambio que estaba haciendo, puso la mano sobre el hombro del mensajero, le miró de hito en hito, y con una impasibilidad increíble:

—Mas quiero despoblarla que perderla, le dijo:

Y el inflexible aritmético continuó haciendo sus cifras y sus cálculos.

Así vivió rico, poderoso, honrado, pero herido en el interior de su familia por la mano de Dios. Había tenido de su muger muchos hijos, de los que uno solo le sobrevivía. Así gastado é impotente se hacia llevar á las inmensas salas de su inmenso palacio, á fin de inspeccionar las escaleras, los dorados y los frescos, y entonces meneaba la cabeza y decía:

—¡Ay! ¡ay! esta es una casa muy grande para una familia tan pequeña!

En efecto, dejó por heredero de su nombre, de sus bienes y de su poder, á Pedro de Médicis, que colocado entre Cosme, el Padre de la patria, y Lorenzo el Magnífico, obtuvo por todo sobrenombre el de Pedro el Gotoso.

Refugio de los sábios griegos arrojados de Constantinopla, cuna del renacimiento de las artes durante los siglos XIV y XV, morada hoy de las ciencias de la Academia de la Crusca, el palacio Riccardi fué sucesivamente habitado por Pedro el Gotoso y por Lorenzo el Magnífico, que se retiró allí despues de la conspiración de los Pazzi, como su abuelo se había retirado á él despues de su destierro. Lorenzo legó el palacio con su inmensa colección de piedras preciosas y camafeos antiguos, con sus espléndidas armas, y con magníficos manuscritos originales á su hijo Pedro, que mereció, no el título de Pedro el Gotoso, sino el de Pedro el Insensato. El fué el que abrió las puertas de Florencia á Carlos VIII, el que le entregó las llaves de Sarzano de Pietra Santa, de Pisa, de Librafatta y de Liorna, y el que se comprometió á pagar por la república á título de subsidio la suma de doscientos mil florines.

El le ofreció además en su palacio de Via Larga una hospitalidad que el rey de Francia se hallaba dispuesto á tomar, aun cuando no se la hubieran ofrecido.

En efecto, como todo el mundo sabe, Car-

los VIII entró en Florencia como vencedor y no como aliado, montado en su caballo de batalla, con la lanza en ristre y la visera calada: atravesó así toda la ciudad desde la puerta de San Friano hasta el palacio de Pedro, que la Señoría había desde la vispera arrojado de Florencia con todos los suyos. En el palacio Riccardi fué donde se discutió el tratado entre Carlos VIII y Pedro á nombre de la república, tratado que la república no quería reconocer. Las cosas fueron lejos, y á punto se estuvo de recurrir á las armas, porque habiendo sido introducidos los diputados en el salon á presencia de Carlos VIII, que los recibió sentado y cubierta la cabeza, el secretario real, que se hallaba sentado á la izquierda del trono, comenzó á leer, artículo por artículo, las condiciones de aquel tratado, y como cada nuevo artículo traía una nueva discusión, Carlos VIII, se incomodó y exclamó:

—Será así, ó haré tocar las trompetas.

—Pues bien, respondió Pedro Capponi, uno de los diputados de la república, arrancando el papel y haciéndole pedazos: pues bien, vos hareis tocar las trompetas, y nosotros haremos tocar las campanas.

Esta respuesta salvó á Florencia: el rey de Francia creyó que la república era tan fuerte como altiva. Pedro Capponi se había arrojado fuera del aposento: Carlos le hizo llamar haciéndole nuevas proposiciones que fueron aceptadas.

Once dias despues, el rey salió de Florencia para marchar sobre Nápoles, dejando de vastar por sus soldados, tesoros, colecciones y bibliotecas.

El palacio Riccardi permaneció vacío durante diez y ocho años que duró el destierro de los Médicis: en fin, al cabo de este tiempo volvieron á entrar llevados por los españoles, y á pesar de este socorro, entraron, dice la capitulación, no como príncipes, sino como simples ciudadanos.

Pero como el gigantesco tronco había arrojado tan poderosas raices, y su savia comenzaba á secarse, el árbol iba perdiendo cada vez mas. En efecto, Lorenzo II, muerto y sepultado en su sepulcro esculpido por Miguel Angel, no quedaba mas sangre de Cosme el Antiguo que tres bastardos: Hipólito, bastardo de Julio II, que fué cardenal; Julio, bastardo de Julian el Calvo, asesinado por los Pazzi, y que fué papa bajo el nombre de Clemente VII; en fin, Alejandro, bastardo de Julian I ó de Clemente VII, porque no se sabe bien de cual de los dos, y de una viuda de Toscana.

Como los tres permanecieron un instante en Florencia, alojándose en el mismo sitio, se llamó por burla á aquel sitio el palacio de los tres mulos.

Tan honrada como había sido la rama primogénita de los Médicis en Florencia en el principio, tan escarnecida y despreciada llegó á ser en esta época. Así los florentinos no

buscaban mas que una ocasión para arrojar á Alejandro y á Hipólito de Florencia, pero su tío Clemente VII, colocado sobre el trono pontifical, les daba un apoyo bastante poderoso para que los últimos restos del partido republicano se atrevieran á emprender nada contra ellos.

El saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbon, y la prision del papa en el castillo de San Angelo, ofrecieron á los florentinos la ocasión que aguardaban. Aprovecháronla, y por la tercera vez los Médicis volvieron á emprender el camino del destierro. Clemente VII, que era un hombre de recursos, salió del apuro vendiendo siete capelos de cardenales, con los que pagó una parte de su rescate, y puso otros cinco en prenda, para responder del resto. Entonces, como mediante estas garantías se le dejaba un poco mas en libertad, se aprovechó de ella para escaparse de Roma disfrazado de criado, y llegó á Orbiato. Los florentinos creíanse bien seguros para el porvenir viendo á Carlos V vencedor y fugitivo al papa.

Desgraciadamente Carlos V había sido elegido emperador en 1519, y tenía necesidad de ser coronado. El interés unió á los que el interés había separado. Clemente VII se comprometió á coronar á Carlos V, y Carlos V se comprometió á tomar á Florencia y á darla en dote á su hija natural Margarita de Austria, que desposó con Alejandro.

Las dos promesas fueron religiosamente cumplidas. Carlos V fué coronado en Bolonia, porque en la nueva ternura paternal que tenía al papa no quería ver los destrozos que sus tropas habían ocasionado en la ciudad santa; y despues de un sitio terrible en que fué defendida Florencia por Miguel Angel y entregada por Malatesta, el 31 de julio de 1531 hizo su entrada solemne Alejandro en la futura capital de su ducado.

Alejandro tenía casi todos los vicios de su época y muy pocas virtudes de su raza. Hijo de una morisca, había heredado sus ardientes pasiones. Constante en su odio, inconstante en su amor, trató de asesinar á Pedro Strozzi, é hizo envenenar al cardenal Hipólito, su primo, que segun Varchi, era un hermoso y agradable jóven, dotado de talento, afable, de corazón generoso, de mano liberal y grande como Leon X, y el que una sola vez dió 4,000 ducados de renta á Francisco María Molza, noble modenés, versado en el estudio de la literatura y en las tres bellas lenguas, que eran en aquella época el griego, el latin y el toscano.

Así durante los seis años de su reinado hubo muchas conspiraciones contra él.

Felipe Strozzi depositó una inmensa suma en manos de un fraile dominico de Nápoles, que tenía, dicen, grande influencia con Carlos V, para que obtuviese de Carlos V, el que diera la libertad á su patria.

Juan Bautista Cibo, arzobispo de Marsella, trató de aprovecharse de sus amores con la hermana de su hermano, que separada de su marido habitaba el palacio de los Pazzi, para hacerle matar un día que viniese á verla en aquel palacio; y como sabía que Alejandro llevaba ordinariamente bajo su vestido una cota de malla tan maravillosamente trabajada que estaba hecha á prueba de espada y de puñal, había hecho llenar de pólvora un cofre sobre el cual tenía la costumbre de sentarse el duque cuando venía á ver á la marquesa, y debía ponerle fuego. Empero esta conspiración, y todas las demas que se siguieron, fueron descubiertas, excepto una sola: en esta sola no había tampoco mas que un solo conjurado, y él debía hacerlo todo: este solo conjurado era Lorenzo de Médicis, el primogénito de aquella rama menor que se separó del tronco paternal con Lorenzo, hermano de Cosme, el Padre de la patria, y que en su marcha ascendente se había, uniéndose con la rama mayor, vuelto á separar de ella formando dos brazos.

Lorenzo había nacido en Florencia el año de 1514, el 23 de marzo, de Pedro Francisco de Médicis, sobrino dos veces de Lorenzo, hermano de Cosme, y de María Soderini, muger de una prudencia singular y de gran sabiduría.

Lorenzo perdió muy jóven á su padre, y como apenas tenía nueve años, su primera educación la recibió bajo las inspiraciones de su madre. Pero teniendo el niño gran facilidad fué rápida su educación, y salió de la tutela femenina para entrar en la de Felipe Strozzi: allí se desarrolló su extraño carácter. Era una mezcla de ironía, de inquietud, de deseos, de dudas, de impiedad, de humildad y de altivez, que hacían que mientras no tuviese miedo para disimular, sus verdaderos amigos jamás le veían dos veces con una misma cara. Halagando á todo el mundo, no queriendo á nadie, amando todo lo que era hermoso sin distinción de sexo, era una de esas criaturas hermafroditas, como la naturaleza caprichosa se complace en producir en sus épocas de disolución. De tiempo en tiempo, de este compuesto de elementos heterogéneos brotaba un ardiente deseo de gloria y de inmortalidad, tanto mas inesperado cuanto que salía de un cuerpo tan débil, tan femineo que no le llamaban sino *Lorenzino*.

Sus mejores amigos jamás le habían visto llorar, pero si reirse siempre, y maldecir. Entonces su rostro, mas bien gracioso que hermoso, porque era naturalmente moreno y melancólico, tomaba una espresion tan infernal que por rápida que fuese, porque jamás pasaba sobre su rostro sino como un relámpago, asustaba á los mas valientes. A los quince años había sido estrañamente amado del papa Clemente, que le había hecho ir á Roma, y á quien él había tenido muchas veces la inten-

cion de asesinar. Despues á su vuelta á Florencia, habiéndose puesto á cortejar al duque Alejandro, con tanta destreza como humildad, se había convertido para él, no en uno de sus amigos, sino tal vez en su único amigo.

Es verdad que con Lorenzino por familiar, Alejandro no necesitaba á nadie. Lorenzo era bueno para todo, era su bufon, era su alcahuete, era su criado, era su espía, era su amante, era su querida. Solamente cuando el duque Alejandro tenía deseos de ejercitarse en las armas le faltaba su eterno compañero, quien se tendía sobre alguna cama muelle y blanda, ó sobre algunos almohadones tambien suaves y blandos, diciendo que todas aquellas corazas eran demasiado duras para su cuerpo, y todas aquellas dagas y espadas demasiado pesadas para su mano. Entonces mientras Alejandro jugaba á la esgrima con los mas hábiles espadachines de su época, Lorenzino jugaba con un cuchillo de muger, agudo y afilado, y cuya punta ensayaba atravesando florines de oro, y diciendo que aquella era su espada, y que no quería jamás llevar otra: tanto que al verlo tan mustio, tan humilde y tan cobarde, no le llamaban ya Lorenzino sino *Lorenzaccio*.

Así por su parte el duque Alejandro tenía gran confianza en él, y la prueba mas segura de que la tenía es, que era el tercero en todas sus intrigas amorosas. Cualquiera que fuese el deseo del duque Alejandro, ora este deseo subiese muy alto, ora descendiese á lo mas bajo, ora persiguiese á unabeldad profana, ora penetrase en algun santo monasterio, ora tuviese por objeto el amor de alguna esposa adúltera, ó de alguna casta jóven, Lorenzo lo emprendía todo: Lorenzo llevaba las cosas á cabo. Así Lorenzo era el mas poderoso y el mas detestado en Florencia despues del duque.

Por su parte Lorenzo tenía un hombre que le era tan fiel y decidido como él parecia serlo con el duque Alejandro. Este hombre era sencillamente un tal Miguel de Toballacino, un esbirro, un asesino, á quien había hecho indultar por un asesinato, y á quien sus camaradas de prision habían bautizado con el nombre de Scoronconcolo, nombre que le había quedado á causa de su misma valentía. Desde entonces aquel hombre había entrado á su servicio, y hacia parte de su casa, manifestándole un extremo reconocimiento, hasta tal punto, que una vez Lorenzo habiéndose quejado delante de él del fastidio que le causaba cierto intrigante Scoronconcolo había respondido:

—Mi amo, decidme únicamente el nombre de ese hombre, y os prometo que mañana no os incomodará.

Y como Lorenzo se quejase fodavía otra vez.

—Pero decidme quién es, preguntó el esbirro: aunque fuese el duque lo mataría.

Y como tercera vez Lorenzo volviese á quejarse de aquel hombre:

—Su nombre, esclamó Scoronconcolo: porque le daré de puñaladas, aunque fuese el mismo Cristo!

Sin embargo, por esta vez no dijo nada todavía Lorenzo: no había llegado el tiempo.

Una mañana el duque hizo decir á Lorenzo que fuese á su palacio mas pronto que de costumbre. Acudió Lorenzo, y encontró todavía acostado al duque. La vispera había visto una muger muy linda, la de Leonardo Ginori, y la quería gozar. Para esto hacia llamar á Lorenzo, y contaba tanto mas con él, cuanto que la muger que codiciaba era la tia misma de Lorenzo. Escuchó Lorenzo la proposición con la misma tranquilidad que si se hubiese tratado de una estraña, y respondió á Alejandro como tenia de costumbre: que con el dinero todo era fácil.

Replicó Alejandro que ya sabía dónde estaba su tesoro, y que no tenia mas que ir á tomar lo que necesitase.

Despues Alejandro marchó á otro aposento.

Salió Lorenzo, pero al salir colocó debajo de su capa sin ser visto del duque aquella famosa cota de malla, que era toda la seguridad de Alejandro, y la arrojó al salir en el pozo de Sergio Cappovano.

A la mañana siguiente preguntó el duque á Lorenzo, cómo iba de su comision; pero Lorenzo le respondió que tratándose aquella vez de una muger honrada la cosa iba mas larga. Despues añadió riendo, que no tenia sino tener paciencia, divirtiéndose entretanto con sus monjas. En efecto, el duque Alejandro tenía un convento de quien había seducido, primero á la abadesa, despues á las religiosas, y del cual había formado un serrallo. Alejandro se quejaba tambien aquel dia de que había perdido su coraza, no porque creyese necesitarla, sino porque era tan ligera, y se había acomodado tan bien á todos sus movimientos, que con dificultad podria volver á encontrarla igual. Lorenzo le dió el consejo de que mandase hacer otra; pero el duque le respondió, que no hallándose en Florencia el obrero que la había hecho, era esto imposible, porque no había otro tan hábil que pudiese reemplazarle.

Así se pasaron algunas semanas, preguntando siempre el duque á Lorenzo, á qué altura se hallaba con la señora Ginori, y Lorenzo engañándole siempre con buenas palabras, tanto, que con este retardo, había despertado en él un deseo inmoderado de poseer á la que así se resistía.

Por fin, una mañana, era el 6 de enero de 1536 (antiguo estilo), Lorenzo hizo decir al esbirro que fuese á desayunarse con él, como muchas veces había hecho en los dias de buen humor.

Despues, cuando estuvieron en la mesa

y que amigablemente habían vaciado dos ó tres botellas:

—Volvamos, dijo Lorenzo, á aquel enemigo de quien te he hablado, porque ahora que te conozco, estoy seguro de que no me faltarás ante el peligro, como yo no te faltaré á tí. Me has ofrecido herir: pues bien, ha llegado el momento, y yo te llevaré esta noche á un punto donde podremos hacer la cosa con seguridad. ¿Permaneces siempre en la misma resolución?

Renovó el esbirro sus promesas, acompañándolas de esos impíos juramentos de que se sirven en las ocasiones esta clase de gentes.

Por la noche, cenando con el duque y otras muchas personas, Lorenzo había como de costumbre ocupado su lugar al lado de Alejandro; se arrió á su oído y le dijo que al fin había á fuerza de muchas promesas dispuesto á su tia á recibirle: pero con la condicion espresa de que había de ir solo al cuarto de Lorenzo, queriendo tener aquella debilidad por él, pero queriendo tambien conservar todas las apariencias de virtud. Añadió Lorenzo que era importante que nadie le viese entrar ni salir, siendo la condescendencia de su tia con condicion de que se había de observar el mayor secreto.

Estaba tan gozoso Alejandro que prometió cuanto se quiso. Entonces Lorenzo se levantó para ir, decia, á prepararlo todo. Despues, estando ya en la puerta se volvió por última vez, y Alejandro le hizo señas con la cabeza de que podia contar con él.

En efecto, inmediatamente que se concluyó la cena se levantó el duque, y pasó á su cámara. Allí se mudó de ropa; se envolvió en una larga capa de seda forrada de cibelina; entonces, pidiendo sus guantes á su ayuda de cámara:

—¿Me pondré, dijo, mis guantes de guerra ó mis guantes de amor? Porque tenia sobre la mesa guantes de malla y guantes perfumados: y como antes de presentarle unos ú otros aguardase el criado la respuesta:

—Dame, le dijo, mis guantes de amor. Y el criado le presentó sus guantes perfumados.

Salió entonces del palacio de los Médicis con cuatro personas únicamente: el capitan Justiniano de Sesena, uno de sus confidentes, que tenia como él el nombre de Alejandro, y otros dos de sus guardias, de los que el uno se llamaba Giomo y el otro el Húngaro, y cuando estuvo en la plaza de San Márcos, adonde había ido para alejar toda sospecha del verdadero objeto de su salida, despidió á Justiniano y á Giomo, diciendo que quería ir solo, y no conservando con él sino al Húngaro, tomó el camino de la casa de Lorenzo. Llegado al palacio Sostigui que estaba casi enfrente del de Lorenzo, ordenó al Húngaro que se quedase allí y que aguardase hasta el dia, y que cualquier cosa que viese ó que oyese, cualesquiera que fuesen las personas que en-

rasen ó que saliesen, no hablase ni se menease de allí, bajo pena de incurrir en su cólera: al amanecer, si el duque no hubiese salido, podía el Húngaro volverse á palacio. Este, que estaba habituado á esta clase de aventuras, se guardó muy bien de esperar al día, y en cuanto vió entrar al duque en la casa de Lorenzo, que sabía era su amigo, se volvió á palacio, se arrojó según su costumbre sobre un colchón que le tendían cada noche en la cámara del duque, y se durmió.

Durante este tiempo había subido el duque al cuarto de Lorenzo, donde había un buen fuego, y ya le aguardaba el amo de la casa. Entonces se quitó su espada y fué á sentarse sobre la cama. Inmediatamente Lorenzo le cogió la espada, y enroscando al rededor de ella el cinturón, que pasó dos veces por el puño, á fin de que el duque no pudiese sacarla de la vaina, se colocó á la cabecera de la cama diciendo al duque que tuviese paciencia interin iba á traerle la que aguardaba. A aquellas palabras salió, cerró la puerta tras sí, y como la puerta era de las de resorte, el duque, sin conocerlo, se encontró su prisionero.

Había dado cita Lorenzo á Scoronconcolo en el alto de la calle, y Scoronconcolo, fiel á la consigna, estaba en su puesto. Entonces Lorenzo muy gozoso, se llegó á él, y dándole tres golpecitos en el hombro:

—Hermano, le dijo, ha llegado la hora; tengo encerrado en mi cuarto al enemigo de quien te he hablado; ¿estás siempre en la intención de deshacerte de él?

—¡Marchemos! fué la única respuesta del esbirro; y los dos volvieron á entrar en la casa.

Al llegar á la mitad de la escalera, se detuvo Lorenzo.

—No repares, dijo volviéndose hácia Scoronconcolo, si ese hombre es amigo ó no del duque, y no me abandones.

—Perded cuidado, dijo el esbirro.

Sobre lo alto de la escalera Lorenzo se detuvo de nuevo:

—Cualquiera que sea ¿entiendes? añadió dirigiéndose por última vez á su acólito.

—Cualquiera que sea, respondió con impaciencia Scoronconcolo, aunque fuese el mismo duque.

—Bien, bien, murmuró Lorenzo sacando su espada y poniéndola desnuda debajo de su capa; y abrió la puerta poco á poco y entró seguido del esbirro.

Alejandro se había acostado sobre la cama con la cara vuelta hácia la pared, y probablemente estaba medio dormido, porque no se volvió al ruido; tanto que Lorenzo se adelantó hácia él, y diciéndole:

—¿Dormís, señor? le dió tan terrible estocada que la punta que le entró por la espalda le salió por el pecho, atravesándole el diafragma, y por consecuencia haciéndole una herida mortal.

Pero aunque herido mortalmente, el duque Alejandro, que era poderosamente fuerte, se lanzó de un brinco en medio del cuarto, y fué á ganar la puerta que había quedado abierta; cuando Scoronconcolo de un tajo de su espada le abrió las sienas y le derribó casi enteramente la mejilla izquierda. Detúvose el duque vacilando, y Lorenzo, aprovechándose de aquel momento, le cogió por el cuerpo, le volvió á tender en la cama y lo echó boca abajo poniéndose encima con todo el peso de su cuerpo. En aquel momento Alejandro, que como una fiera cogida en la red no había dicho nada todavía, dió un grito llamando socorro. Inmediatamente Lorenzo le puso la mano izquierda en la boca con tanta violencia, que el dedo pulgar y una parte del índice entraron en ella. Entonces por un movimiento instintivo apretó los dientes con tanta fuerza, que los huesos que mordía crugieron, y fué Lorenzo á su vez el que vencido por el dolor, se cayó de espaldas dando un grito terrible. Inmediatamente, aunque perdiendo sangre por las dos heridas y vomitándola por la boca, Alejandro se echó sobre su adversario, y doblándolo como una caña, trató de ahogarle con sus dos manos. Hubo entonces un momento terrible, porque el esbirro quería en vano acudir al socorro de su amo: los dos combatientes estaban de tal modo enlazados, que no podía herir al uno sin riesgo de herir al otro. Dió, sin embargo algunos golpes de punta por entre las piernas de Lorenzo, pero no había hecho nada mas que atravesar la ropa y el forro del duque, sin llegar á su cuerpo. De pronto se acordó que tenía un cuchillo. Entonces arrojó su grande espada que le era inútil, y cogiendo al duque en sus brazos, se mezcló á aquel grupo informe que luchaba en medio de la pálida luz que proyectaba en el cuarto el fuego de la chimenea, buscando un sitio donde herir. Por último, encontró la garganta de Alejandro, y allí metió la hoja de su cuchillo cuan largo era, y como vió que no caía todavía el duque, la volvió y revolvió de tal manera, que á fuerza de *barrenar*, dice el escritor Varchi, le cortó la arteria y le separó la cabeza casi de los hombros. Cayó el duque lanzando un terrible estertor. Scoronconcolo y Lorenzo, que habían caído con él, se levantaron y echó cada uno un paso atrás. Habiéndose mirado el uno al otro, asustados de la sangre que cubría su ropa y de la palidez que cubría su rostro:

—Creo que al fin ha muerto, dijo el esbirro.

Y como Lorenzo menease la cabeza en señal de duda, fué á coger la espada, y volvió á pinchar lentamente al duque, que no hizo movimiento alguno. No era mas que un cadáver.

Cogieronle el uno por los pies y el otro por los hombros, y todo manchado de sangre como estaba lo pusieron en la cama y echa-

ron sobre él la colcha. Después como estaba fatigado de la lucha, y dispuesto á ponerse malo, Lorenzo, se fué á abrir una ventana que daba á la *Via Larga*, á fin de respirar y reponerse y para ver tambien al mismo tiempo si el ruido que habían hecho había atraído á alguien. Aquel ruido había sido oído de algunos vecinos, y sobre todo de madama de Salvati, viuda de *Juan de las Bandas negras*, y madre de Cosme, que el se había admirado de aquella larga y obstinada barahunda. Pero como en la prevision de lo que pudiese suceder, veinte veces Lorenzo para acostumbrar á los vecinos había hecho un ruido semejante acompañándolo con gritos y maldiciones, todos creyeron reconocer en aquel rumor la vida habitual que pasaba este, á quien unos miraban como un insensato y otros como un cobarde, de modo que nadie en todo caso formó atencion; y en la calle y en las casas inmediatas todo parecia perfectamente tranquilo.

Entonces Lorenzo y Scoronconcolo un poco repuestos salieron del cuarto, que cerraron no solamente con el resorte, sino tambien con la llave; y Lorenzo habiendo bajado á casa de su mayordomo Francisco Zeffi, cogió todo el dinero contante que tenía en aquel momento en la casa, mandó á uno de sus criados llamado Freccia, que le acompañase, y sin mas comitiva que el esbirro y él, se fué, gracias á una licencia que anticipadamente había pedido, durante el día al obispo Marci, á tomar caballos de posta, y sin detenerse, y de un tiron se fué hasta Bolonia, donde solo se detuvo para curarse la mano, cuyos dos dedos estaban casi desprendidos, y que sin embargo volvieron otra vez á encarnarse y á unirse, aunque dejándole una eterna cicatriz. Después montando á caballo llegó hasta Venecia, donde entró la noche del lunes. En cuanto llegó hizo llamar á Felipe Strozzi, que desterrado hacia cuatro ó cinco años, se hallaba entonces en Venecia. Enseñándole entonces la llave de su cuarto:

—Tomad, le dijo: ¿veis esta llave? Pues bien, cierra la puerta de un cuarto, donde está el cadáver del duque Alejandro asesinado por mí.

Felipe Strozzi no quería creer semejante noticia. Pero el asesino sacando de su valija sus vestidos todos ensangrentados, y mostrándole la mano mutilada:

—Mirad le dijo, ved aquí la prueba.

Entonces Felipe Strozzi se arrojó en sus brazos, llamándole el Bruto de Florencia, y pidiendo la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos.

En una casa contigua al palacio Riccardi fué donde Lorenzo dió de puñaladas con el auxilio del espadachin Scoronconcolo al duque Alejandro, hermano natural de Catalina de Médicis, primer duque de Florencia, y último descendiente de Cosme, el Padre de la

patria; porque el papa Clemente VII había muerto en 1534, y el cardenal Hipólito en 1535. Y con ocasion de este asesinato se notó una cosa estraña, á saber, que era la séstuple combinacion del número seis: había sido asesinado Alejandro en el año 1536, á la edad de veinte y seis años, el 6 del mes de enero, á las seis de la noche, con seis heridas, y después de haber reinado seis años.

La casa en que fué asesinado se hallaba situada en el sitio mismo en que hoy están las cuadras.

Ademas, el proverbio evangélico «el que á hierro mata á hierro muere,» fué aplicado á Lorenzo con toda su rigorosa exactitud. Lorenzo, que había matado por el puñal, murió por el puñal en Venecia el año 1557, sin que se supiese de qué mano había partido el golpe. Únicamente se recuerda que al subir al trono Cosme I, había jurado no dejar impune la muerte del duque Alejandro.

La muerte de Alejandro fué el último suceso importante que aconteció en este hermoso palacio. Abandonado en 1540 por Cosme I cuando resolvió habitar el Palacio Viejo, fué vendido á la familia Riccardi, cuyo nombre ha conservado, aunque haya vuelto en el reinado de Fernando III, creo, á la posesion de los Médicis.

Hoy la famosa academia de *La Crusca*, celebra allí sus sesiones, y se ocupa de adverbios y participios, como dice con mucha gracia Carlos Nodier.

Esto es menos poético, pero es mas moral.

EL PALACIO VIEJO.

Aunque ya estaba vencida la jornada que había sido pasada entre el Domo y el palacio Riccardi, no quisimos volver á casa sin haber visitado la plaza del Gran Duque. Había oído hablar mucho de ella, había visto dibujos, y sabía que ofrecía mas que cualquiera otra en el mundo la reunion de recuerdos de historia, de arte y de los mas grandes sucesos de la república y del principado. Habíanme ademas recomendado que para que nada perdiese su aspecto grandioso fuese por una de las calles que desembocan enfrente del Palacio Viejo. Recordamos esta recomendacion. Tomamos la calle Martelli y la plaza del Domo, donde en nuestro primer asombro habíamos pasado sin reparar en el Brigallo, antiguo hospicio de espósitos, y las dos estatuas colosales de Pampalini representando á Arnolfo di Lapo y